

René Cánovas Robles

## **Félix Armando Núñez (1)**

Señor Rector, distinguidas autoridades, señoras y señores:

Sobre las preocupaciones de la materia y de la política, sigue latiendo el infinito afán del espíritu. Y en esta hora de lamentaciones y quebrantos, sobre la estrella de Sancho se alza la estrella de don Quijote para hacer justicia y designar miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación, al eminente poeta y catedrático universitario Félix Armando Núñez.

Bien sé que su nombre está tan vinculado a la historia de esta Universidad, que no necesita presentación. Pero, al menos, séame permitido expresar, aunque sucintamente, los aspectos más destacados de su personalidad.

Félix Armando Núñez, siguiendo el ejemplo magnífico de Bello, ha encontrado en nuestro país su segunda patria. Aquí ha conquistado para Venezuela un prestigio en las letras y en la cátedra universitaria.

Su carrera ha sido brillante. Se incorpora a esta casa de estudios en 1922. En el terreno de la organización, contribuye con sus ideas a su desarrollo, especialmente desde el cargo de Secretario General. Como miembro del cuerpo directivo de la Revista "Atenea",

---

(1) Discurso en la recepción del miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Concepción, don Félix Armando Núñez.

tiene parte principalísima en la divulgación y prestigio de este mensaje literario a los países de lengua castellana. En el aspecto docente se encuentra vinculado a la Facultad de Filosofía y Educación, de la que es Decano desde 1933 hasta 1943. Además, se distingue como profesor de Filosofía, Literatura Española y Estética Literaria, disciplinas que revelan una cultura superior difícil de alcanzar.

De él hemos aprendido la belleza de los diálogos de Platón y la grandeza moral de Sócrates. Ajeno a todo dogmatismo, sólo le preocupa despertar la inquietud de sus alumnos por los eternos problemas que han hecho del hombre un "animal metafísico". Sabe, tal vez pensando en el viejo Protágoras, que cada ser humano lleva dentro de su conciencia su propia filosofía, su propia verdad.

Pero donde más se recrea nuestro espíritu es en aquellas clases consagradas a la Literatura Española y a la Estética Literaria. ¡Cómo ama, y cómo nos hace amar en ellas, a fray Luis de León y a Góngora, a Cervantes y a Lope! A fray Luis, por la serenidad espiritual que fluye de sus versos y por la dignidad de su estilo; a Góngora, por la metáfora inesperada y atrevida que hacen de él el poeta de las condensaciones; a Cervantes, por la genialidad de su obra, y a Lope, en fin, por su fecundidad y espíritu creador. Y entre los modernos está más con Antonio Machado, anticipándose a la revaloración que de él se hace hoy en las letras españolas.

En el campo de las ideas estéticas nos familiariza con Benedetto Croce, Marcelino Menéndez y Pelayo, Ortega y Gasset, Egon Friedell, Oscar Wilde, Nietzsche, para no mencionar sino algunos, sin presentar los distintos estilos artísticos y modos de interpretación literaria como excluyentes. Ni lo dionisiaco ni lo apolíneo debe sernos desconocido. En gran medida, despreciamos a veces un verso o un poema acaso porque no hemos sabido encontrar en él su verdadera belleza. Y nos recuerda que Sancho empieza burlándose de don Quijote; pero, cuando en la convivencia de las aventuras disparatadas, de las privaciones y dolores, lo va en-

tendiendo hasta comprenderlo profundamente, ya lo ama hasta el día de su muerte.

Su labor docente y administrativa acaso constituirían mérito suficiente para que la Facultad de Filosofía y Educación le designara miembro académico; pues aún esperamos que la luz de su entendimiento inquiete nuestros espíritus. Con razón el gobierno de Chile lo ha honrado con la "Orden al Mérito Bernardo O'Higgins", única condecoración que otorga nuestra república.

Pero a estos relevantes merecimientos, hay que agregar que Félix Armando Núñez es, ante todo y por sobre todo, un poeta de extraordinaria calidad. Bien sabéis que obtuvo el Premio Nacional de Literatura (de Venezuela) correspondiente al bienio 1951-1952, por su obra "El poema de la Tarde" y en reconocimiento de su anterior labor literaria. Valga este antecedente como testimonio de su personalidad literaria.

Publica en 1919 "La luna de Otoño" y "La voz íntima". Tres años después, "El corazón abierto". Son años de desorientación en todo orden de cosas. Una guerra termina sin que quede en los espíritus la seguridad de un mundo mejor; se inicia, por otra parte, una revolución que tendrá efectos tanto en Europa como en América. Es el momento en que surgen, muerto ya Darío, las llamadas literaturas de vanguardia.

En 1921, en París, Jean Epstein es tal vez el primero en darnos una visión más o menos justa de la poesía que se inicia en aquella época. Y lo hace con nuevos métodos, más apropiados para estudiar el fenómeno literario. Ortega y Gasset dirá que la poesía —como el arte en general— se deshumaniza, término no del todo feliz ya que con él ha querido expresar que se aleja cada vez más del sentimiento. Es claro que quedan al margen de estas consideraciones los continuadores de Rubén y algunos poetas de Hispanoamérica que inician una poesía "trascendente", a veces "impura", cargada de "angustia" y de energía vital que la hace saludable.

Mas no todos los poetas se mueven en este sentido. Es así como algunos se mantienen alertos, aunque distantes, del ultraísmo,

del dadaísmo y de otros "ismos" que surgen desde el año 20 hasta nuestros días. Sin desdeñar el valor estético que estas formas encierran, prefieren renovar la poesía conservando la pureza de la forma y la claridad del estilo. Entiéndase bien, digo "claridad", que en ningún caso quiere decir "vulgaridad". Fray Luis de León es claro; pero un poema como su oda "A Francisco Salinas", de clara reminiscencia platónica y pitagórica, resulta escasamente comprensible a un espíritu poco cultivado en el campo de la filosofía y las letras.

Pues bien, señoras y señores, Félix Armando Núñez publica sus primeros poemas entre los años 19 y 22, en 1943 "Canciones de todos los tiempos", y dos años más tarde, bajo el título de "Moradas imprevistas", una obra de suprema selección, "de esencias delicadísimas contenidas en vasos de la más fina transparencia idiomática" según la expresión de uno de sus comentadores. Y en esta trayectoria, "ascendente y creadora" de su personalidad poética no da muestras de estar contagiado por las corrientes y modos literarios que hemos señalado. Explora en su mundo interno o en la naturaleza y va revelando sus vivencias de una manera acabada, perfecta. Es difícil encontrar en lengua castellana sonetos más perfectos, mejor armados, que nos recuerdan a veces a Darío y otras veces a los clásicos del Siglo de Oro. A Darío, cuando usa el verso alejandrino, fecundo en imágenes; a los hermanos Argensola, cuando el verso endecasílabo suena armonioso a la vez que profundo en el pensamiento. Como todo gran poeta, revive la historia de la poesía: tiene en sí el romanticismo, el barroquismo; pero, por sobre todo, el clasicismo y el modernismo. Eso sí que conservando siempre su individualidad literaria, que es irreductible.

Exploremos un poco en este sentido.

Pedro Salinas, en un magnífico ensayo sobre el tema y los temas del poeta, que titula "La poesía de Rubén Darío", destaca que en todo gran poeta hay un "tema vital que desde los adentros preside misteriosamente sobre todos los otros temas, los literarios" (pág. 47). Y más adelante agrega: "Sumido en la conciencia del

artista es obsesión, apoderada de su ánimo, vive en él y vive de él. El poeta ha de vivirlo creadoramente, procurándole encarnaciones sucesivas, volviéndole obras. A lo obsesivo de su presencia en la vida psíquica se ajusta lo reiterado de sus apariciones en la obra creada" (pág. 48).

En Félix Armando Núñez se anuncia este tema vital, que no ha de confundirse con la existencia material del poeta, en estos dos versos de "La nostalgia Infinita" (pág. 139, "Canciones de todos los tiempos"):

*¡Qué bello nos parece lo que siempre  
quisimos y se hurtó a nuestra codicia!*

En el poema "Album" (pág. 125) vemos que el tema se reitera cuando dice: "que quería vivir en el recuerdo de una mujer hermosa". Es decir, este "tema vital" es en Núñez, al Amor; pero concebido de una manera casi inmaterial, o mejor, idealizado, hasta confundirse con lo inalcanzable, un amor imposible desde el punto de vista sensorial y sensual; aunque plenamente realizado en su mundo interno. En "La luna de otoño" encontramos este tema en los poemas "Dominaré la carne", "Venía a hablarte", "Hacia la cita" y otros. En el primero de éstos dirá:

*Dominaré la carne para quererte siempre  
para quererte más,  
y en las mañanas bellas te sentiré posible  
por una eternidad (pág. 257).*

No puede ser más clara la actitud del poeta. Conscientemente desea conservar este amor, que es fuente permanente de inspiración, en toda su pureza. Por eso en el mismo poema declara:

*Me volveré todo alma, resignado y humilde,  
para llegar a ti (pág. 275).*

Su tema vital se convierte en obsesión, exteriorizándose en diversas variantes. Ahora encontramos estos versos que pertenecen a su conocido poema "La valla inútil" (de "El corazón abierto", pág. 214):

*Yo no te digo: "¡Quiéreme!" sino "Déjame amarte".  
Podrías impedirme que te ofreciera rosas,  
mas no que las pusiera con un desmayo de arte  
en todos los senderos donde la planta posas.*

Más tarde, en "Canciones de Todos los Tiempos", hay numerosos poemas que afirman nuestro punto de vista; v. gr. "Amor", "Oración", etc. Quiero detenerme especialmente en el soneto "Epitalino", que dice así:

*La blancura del lecho se exaltó a tu llegada  
y hondamente temblamos vencidos de ternura:  
me tendí a hacerte bucco en la nivea almohada  
mientras me revelabas tu íntegra hermosura.*

*Toda la primavera de los nardos lucía  
en la estelar corola de tu cuerpo divino,  
y el placer de la ofrenda tus venas sacudía  
como al árbol florido la vibración del trino.*

*La carne se ceñía en botón impoluto  
en torno a tus caderas doradas como un fruto,  
que la luz acogían con amplitud triunfante.*

*Y al abatirse para la comunión conmigo  
tu cuerpo hecho de soles y perfumado trigo  
se abrió entre mis dedos como un lirio gigante (pág. 15).*

Pudieron ser versos de una realidad cruda, la expresión de la sensualidad. Y he aquí que, dominado por este amor, que preside la temática de su poesía, parte desde el orden sensorial y consigue un grado de trascendencia que lo exalta hasta lo sublime y eterno. La hermosura corporal de la amada le ha revelado la verdadera belleza, la del alma, que trasciende y se identifica con lo divino. Su amor es tan delicado que el poeta logra imágenes de una plasticidad admirable: "me tendí a hacerte hueco en la nivea almohada". Obsérvese, paralelamente, la adjetivación: "nivea almohada", escoge el color de la pureza, "estelar corola", "cuerpo divino", "caderas doradas", "perfumado trigo".

Hay en este poema, como en toda su obra, una visión metafísica de la realidad que lo aproxima al "realismo" platónico y lo conduce al conocimiento de Dios. Véase, por ejemplo, "Entre mi amor y Tú".

Esta concepción del amor idealizado y trascendente, inmaterial, pero que tiene su punto de partida en la belleza física de su amada, está presente también frente a la realidad material de todo lo bello, y, en especial, de los elementos vegetales de la naturaleza. O sea, la belleza natural de los seres y de los objetos reales, "la belleza caduca engañadora", "la efímera hermosura", sugiere otra realidad: la gloria o el paraíso, para la concepción cristiana de la vida; "el mundo de las ideas", para Platón.

Podría decirse que hay cierto panteísmo en esta poesía. Las cosas y los seres son bellos en la medida en que participan de la gracia divina. Puede ilustrarnos al respecto el poema "La rosa" de el libro "El poema de la tarde", pág. 8.

Otra variante de su tema vital la encontramos en su poesía de la tarde. La tarde también tiene un encanto arrobador: todo en ella es paz y nos hunde en lo lejano, en lo que se pierde, en un mundo ajeno a los sentidos. El poeta, a la hora del crepúsculo, presente de nuevo a Dios y sus palabras dejan suspendida el alma en una inquietud metafísica lograda sin esfuerzos y sin intención de hacer poesía filosófica:

*Desde el ocaso, desde las estrellas,  
alguien me está llamando,  
a la hora del crepúsculo,  
a la hora del cansancio.*

*¡Qué paz hay en el campo  
que yo escucho esta voz imperceptible!  
No estoy triste, y mis ojos  
se han nublado de llanto.*

*Desde el ocaso, desde las estrellas,  
alguien me está llamando,*

(“Desde el ocaso” del libro “Canciones de todos los  
[tiempos”, pág. 109).

Otras veces la tarde lo incita a la vaguedad, a la evasión. Hay un deseo de fuga, una incitación al ocio, todo lo cual está muy próximo a un aspecto de su existencia, si recordamos al poeta deleitándose en esta actitud por los caminos de cerro Caracol:

*Quiero perder el tiempo andando, andando,  
vagamente mirando  
esta tierra de niebla, ya perdida  
para mi corazón.*

*Quiero perder el alma y la canción  
que el alma, sin mirar, trajo a la vida,  
andando, andando, andando,  
vagamente mirando  
esta tierra de niebla ya perdida.*

(“Quiero perder el tiempo”, del libro “Canciones de to-  
[dos los tiempos”, pág. 129).

Es así la poesía de Núñez: se mueve en un equilibrio permanente entre lo clásico y lo romántico, del más decantado romanticismo, lo cual lo convierte en un poeta moderno de rasgos definidos y personales que lo harán inconfundible en la lírica hispanoamericana.

En un estudio más detallado podrían analizarse los subtemas, o bien otras variantes del que hemos considerado su tema vital. Ahora no hemos pretendido hacer una crítica acabada de su producción literaria, que comprende, por lo demás, otros aspectos no tocados en esta ocasión. Ni las circunstancias lo permiten ni mis palabras pueden estar a la altura de su creación poética.

He venido aquí a cumplir un honroso mandato de la Facultad de Filosofía y Educación, que desde hoy incorpora en su seno, en calidad de miembro académico, a este maestro inolvidable y poeta personalísimo que ha logrado ser intérprete, como los grandes creadores, no sólo del espíritu de su Venezuela y de su Chile, sino de la Vida y del Hombre mismo.

He dicho.